OSCURO COMO EL AMOR Y LA MUERTE

por Francisco Regueiro

Un día el atardecer le traicionó… Ahora, frente a él, como un desafío, estaba la puerta de la habitación donde vivía el monstruo

Todo empezó a suceder a los pocos días de morirse su mujer. Se oyeron unos extraños rugidos.

Al principio, leves, como un arrullo, amparados en la inmensa soledad de la casa. El se removió en la cama pero siguió dormido. En la cálida, tardía y dolorosa noche aquella, la casa, tan espaciosa y antigua, cobijaba todos los recuerdos de sus antepasados creando una armonía sonora que aminoraba su dolor de viudo sin hijos.

Pero ahora los rugidos fueron violentos. Su cuerpo, arrebujado en la cama, se movió inquieto, como un bulto aterido. Repentinamente, abrió los ojos, paralizado. Siguió así varios segundos. Después se movió, con miedo, imperceptiblemente, sin poder apenas descifrar algo, tal vez la voz de ira de un sueño cruel o el estrépito de una pesadilla.

Se levantó y encendió la luz. Quedó turbado, mirando su nuevo dormitorio, ante el profundo extrañamiento de lo que acababa de suceder. De aquel alarido, aullido, rugido, bramido, de aquel sórdido y siniestro grito.

Salió de aquella habitación. Al acercarse a su antiguo dormitorio se paró, mirando hacia la puerta. En ese momento sonaron las cuatro de la mañana en uno de los relojes de pared. Los toques eran solemnes, sagrados, como si le convocaran a una turbia

ceremonia, invadiendo el silencio, lo oscuro. Pero al final se confundieron, como prolongándose, con un inocente ronroneo detrás de aquella puerta. Eran como tiernos ronquidos de algún animal, un leve traqueteo en la puerta, una queja, infantiles sollozos de algo, el tropezar sordo de algo inerme, inocuo.

Y de repente, nítido, cortante, el rugido.

Todo su cuerpo rechinó como un zarpazo. Se retiró dando tumbos. Quedó arrinconado en la vasta sala de estar. Todo su ser quedó saturado de aquel fiero y sanguinario grito, insondable gruñido oculto en su habitación matrimonial, sepultado en la fúnebre grandeza de aquel dormitorio, donde, todavía, el olor a muerte seguí allí escondido en aquella oscura madriguera donde, durante treinta años, su matrimonio, y anteriormente el matrimonio de sus antepasados, fueron consumándose.

El tic-tac del reloj seguía su ritmo habitual. En un gesto de desamparo, alargó el brazo y paró el péndulo. No pudo hacer más.

Al día siguiente, tanto la criada como él, nada se dijeron. Y llegó la noche.

En aquel dormitorio de invitados que, desde la muerte de su mujer ocupaba, y en el que, hasta la noche anterior, había encontrado sosiego, llevaba lentas, crispadas y envilecidas horas de desvelo haciendo guardia. La luz la tenía apagada. Pero, desde la madrugada anterior, todo había sido silencio.

Ahora, al poco, se oyeron unas pisadas. Eran de la criada por el pasillo. Parecían sigilosas, preocupadas. Tal vez se lo parecían a él. Luego se oyó abrir la puerta de una habitación. El se levantó y se quedó escuchando. Después abrió su puerta y miró hacia el fondo. Vio una rendija de luz. Venía de aquella fatídica habitación. Después escuchó un siseo como si la criada hablara con alguien. Era como un reproche, como si afeara a un niño su conducta. Intermitentemente, el silencio. Como una burla, una chifla, un abucheo. Luego salió. En ese momento, la criada le vio. El la miró con torpeza. Pero la naturalidad y simpleza de la criada le dejaron inerme. La criada entró en su dormitorio.

Casi al instante, poco a poco, él se acercó a la habitación de la criada. Después, entró. La criada estaba metida en la cama. Se quedaron mirándose. Luego se acercó y se sentó en su cama. La criada, con sumisión, le dejó un hueco libre, apagando la luz. El, ahora, como si esto ya hubiera ocurrido otras veces, se echó sobre su cuerpo, abrazándolo.

Al principio, en la oscuridad, fue difícil precisarlo. Luego sus labios sintieron algo sobre su cuello. Poco a poco, sus ojos fueron precisándolo. La mano fue acariciando aquel cuello y el principio del pecho. En la cálida penumbra de aquel cuerpo, en la

tierna desnudez de aquella carne, en la blancura amortiguada de aquella piel, descubrió unos arañazos. Salían del pecho, bajo el camisón de la criada. Hacia el hombro y el cuello. Formaban un zigzagueo violento. Miró hacia su rostro, buscando una explicación, paralizado en sus movimientos. Pero ella le atrajo hacia sí, basándole y ocultándole aquello. Pero él buscó aquellas heridas y aquel pecho, terriblemente excitado y pegado a aquel cuerpo, a aquel pecho, en una crispada y letal succión, en un voraz chupeteo alrededor de aquella herida, en una libación infantil que le hacía suspirar y mamar aquella sangre de aquella herida. Las uñas de la criada se hendían en su cuerpo en un éxtasis físico y demencial. Ambos cuerpos entrelazados se revolcaban de placer y, de pronto, como surgiendo de aquella felina embriaguez, como un pasmo, una suspensión, el fatal orgasmo de dos cuerpos en disolución, el rugido. Los rugidos. EL bronco rugido de una fiera al acecho. La apremiante exigencia de la bestia. Secos arañazos en la puerta. El cabeceo torpe de un cuerpo. Y, después, el silencio. La lejanía de un sordo pateo. Lamentables gemidos apagados. El encanto de ruidos habituales. Al final, la triste realidad.

Poco más o menos, los días siguientes transcurrieron de tal guisa.

Aquella noche salió de la habitación de la criada temiendo más a aquel ser humano que le daba placer que aquellos rugidos que, poco a poco, se le hicieron cotidianos, casi queridos.

Una mañana preguntó, armándose de valor, que quién vivía allí con ellos. La criada, casi sonriendo, indicando hacia aquella habitación, dijo:

—Entre si quiere saberlo.

Fatalmente, la muerte de su mujer quedó unida a aquellos rugidos. Y a la vez, olvidada y superada por estos acontecimientos.

Trató de volver a sus antiguos hábitos. De día, desaparecía de casa. Al atardecer, se refugiaba en su nuevo dormitorio. La criada depositaba una bandeja al lado de su puerta, sirviéndole la cena. El, hijo único, nunca conoció el mínimo trabajo. Se limitó a cortar cupones de una saneada herencia durante toda su vida. Alguna vez se acercó a la Bolsa y veía el sube y baja de las cotizaciones, sin padecer espasmo alguno. Ahora, a la altura de su edad, no tenía por qué cambiar. De casa al Casino. Comía allí. Y del Casino a casa. Con el maravilloso mecanismo del hábito, casi llegó a olvidar.

Un día, el atardecer le traicionó.

Llegó una hora antes. EL interior de la casa estaba en penumbra y no había nadie. Todo era un magnífico y esplendoroso silencio. Tenía hambre y fue a robar algo de la cocina. Aquella quietud, aquella ausencia, dan al hurto gratas remembranzas infantiles ahora ya muy lejanas y que, en estos desdichados instantes de su vida, le llenaron de una sensación paradisíaca. La amplia, blanca, limpia y recogida cocina le llenó de una inmensa ternura. Fue directamente a la alacena y abrió un pote de mermelada. Metió un dedo y lo relamió. Por la ventana, ahora sí, entró el atardecer y en un segundo, todo el ámbito de blancura refulgió de nácar y, en este milagro de la luz, algo desentonó. Era debajo de la pila. Asomaba una bandeja. Había un plato y una escudilla. Se acercó. La luz volvió a cambiar. Los tonos dorados desaparecieron y el cálido silencio quedó invadido por un rubor selvático cárdeno, de un púrpura nítido. Allí, en el plato, un trozo de carne sangrante horriblemente mutilado. Apenas le dio tiempo de llegar al cuarto de baño. Se dio de bruces con el rebujo de unas sábanas. Al tratar de quedar libre vio aquellos desgarros y un olor fétido entró en sus pupilas. Cayó al suelo enjaulado en aquellos despojos destrozados a zarpazos. Vomitó sobre sí mismo en un acto de rendición total, babeando sobre su cuerpo sus últimas energías en un gesto bobalicón de marioneta inútil, hazaña postrera de una casta ya desaparecida. Al final, allí rebozado, sonrió. Era la patética sonrisa del último vástago de un linaje fantasma.

Al día siguiente llamó a la vieja. A la pobre, como en vida su mujer la llamaba. A su vieja nodriza, que su mujer echó de casa y prohibió volver y la anciana respetó fielmente.

La criada ni se inmutó. La anciana se quedó a vivir allí, a cuidar de su niño como ella le llamaba y, desde aquel día, nuestro hombre apenas se levantó de la cama. Se limitaba a mirar con ansia el rostro de la nodriza, tratando de vislumbrar en aquellas arrugas algún signo de certeza, algún indicio de sospecha, la apariencia de alguna conjetura sobre aquello, el monstruo posesionado de aquella casa.

En su terco egoísmo, en su contumaz mezquindad, utilizaba a la pobre anciana de cebo, de carnaza, de presa, de avanzadilla de la fiera, de víctima propiciatoria tratando de huir de su propia muerte.

Ya fuera por el encierro en su propia habitación, por la presencia de la nodriza en la casa y por el total olvido de la criada hacia él, como si hubiera desaparecido del mapa, aquello, monstruo, fiera o cosa, se había desvanecido, como un sueño, el sueño de un

sueño o el sueño de una pesadilla. Como si el monstruo, lo único que solicitara, era el arrinconamiento del hombre, retirarle a su propio cubil, encerrarlo en su guarida, aislarle en aquellas cuatro paredes de invitado y esperar su muerte. Ser el único rey y señor. El único dueño. El amo de todos los mimos. El heredero.

No estaba equivocado. Poco a poco, las desatenciones de la anciana nodriza fueron produciéndose. Pequeñas distracciones, descuidos involuntarios, torpes engaños. Total, pasaba hambre, enflaquecía, se iba debilitando.

Un día apenas apareció por la habitación y sólo le llevó agua. En su desmadejamiento, su voz parecía un efluvio. Además, tenía miedo a gritar. Así que salió de su cueva.

El eremita iba por el pasillo arrastrando su debilidad, buscando algo de piedad. Las dos mujeres se asomaron desde la cocina y le miraron. Pero al instante desaparecieron, cerrando la puerta.

El, en un último gesto de dignidad y locura, apretó los puños de rabia pero no pudo avanzar. Frente a él quedaba, como un muro, un desafío, la puerta del monstruo. Miró hacia allí, obsesionado, impelido por la fuerza de aquello. EN su embotamiento, tuvo la delicadeza de llamar. Golpeó con los nudillos en aquella puerta. Luego, lentamente, fue abriendo.

Luego, apenas sin entrar, dio la luz. Después miró hacia la cama. Aquel mueble oscuro, anormalmente gigante, objeto de tantas desdichas y desamparos, ahora parecía una maldición. Un bulto se cimbreaba entre las mantas y l acolcha. De dentro venían extraños quejidos sofocados. Afónicos. Y luego un leve ruido cínico, irónico, felino. El hombre contestó embobado con una mísera sonrisa fruto de su desfallecimiento y ruina. Ante aquel arrullo animal miró hacia las paredes, arañadas a zarpazos. Volvió a sonreír.

Ahora sintió detrás de él a las dos mujeres. La sonrió también. Ellas, que lo habían visto todo, quedaron conformes y agradecidas. Cerraron la puerta y le llevaron hacia la sala de estar.

A la media hora se encontró frente a un buen pedazo de carne sangrante, servido en un plato. Diligentemente, empezó a comer. Sin apenas darse cuenta se encontró con la carne en las manos despedazándola a mordiscos, fieramente, emitiendo torpes y semihumanos rugidos, ante el alborozo de su nodriza y su criada, que le miraban con gozo, como a un primerizo. El, imprevistamente, tan feliz se encontraba, alargó una mano hacia ellas, posándola en blandos e infantiles zarpazos. La sangre de la carne que iba engullendo, le salpicaba el pijama. Nunca un fantoche pudo tener una representación tan digna.

Por lo pronto, una vez reconciliado con aquello, y con el beneplácito de sus damas, fue al cementerio a visitar a su mujer. Fue como el último acto de un ritual, como el devoto caminar de un peregrino hacia lo santo, en busca de perdón, para lavar una culpa, un misterioso y oscuro pecado hacia ella, su mujer, su esposa, la tercera dama de aquel pavoroso triángulo en que se veía prendido.

La muerta, nada dijo. Pero él salió reconfortado. Si alguien hubiera estado allí, cerca de aquella tumba, hubiera visto cómo se colocaba una flor en la solapa de su abrigo y salía silbando por aquellas fúnebres calles atestadas de lápidas y nichos.

Después entré en El Corte Inglés y compró un reluciente y vibrante balón de colores. Cuando llegó a la casa, nada dijo. Metió el paquete debajo de su cama y esperó acontecimientos. Acontecimientos más propicios para la ofrenda.

De momento, movió el péndulo poniendo en marcha el reloj de pared. El tiempo volvía a recobrar perenne normalidad en aquella casa. No así el misterio, que, cada vez, se hacía más insondable y sangrante.

Aquello, cosa, animal o sombra, seguía reclamando sus derechos. El rostro, brazos y piernas de la anciana estaban garabateados de horribles arañazos. No obstante, la dulce voz de la nodriza arrullaba al monstruo con encantadoras nanas, viejas canciones de cuna:

«ea, la nana,
ea la nana,
duérmete, lucerito
de la mañana».

«A la nana, nanita de San Vicente; ya sabrás como el niño ya tiene un diente».

Después salía de allí y acosaba a su hijo de leche, diciéndole:

—Está tan solo. Es tan indefenso… Por eso le quiero tanto. No le gusta que el besen, se enfada mucho…

Y se llevaba el arañazo a la boca, chupándose la sangre. Y al final, como siempre, decía, añadiendo:

—¿No vas a entrar?

El interrogante era tan inocente dicho por la anciana… Pero a la vez escondía tantos secretos…

Y sucedió que la criada tuvo que hacer cama. Los arañazos eran cada vez más profundos y no cicatrizaban. Pero seguía impertérrita hacia la bondad de la bestia. Sin poder más, él grito:

— ¡Debe irse! ¡Sea quién sea debe irse!
Pero la tranquilidad de ambas mujeres sublevó a nuestro protagonista.
— ¿Pero qué es?... ¡No es un ser humano!
Y ambas respondieron con furia:
— ¡Pero esta usted loco! ¡No sabe lo que dice!... ¡No se le ocurra decir eso!
Sobreponiéndose, dio un ultimátum a la criada:
—Mañana pasaré el día fuera. Cuando vuelva, eso, o lo que sea, no debe seguir aquí.
Y al día siguiente se llevó a la nodriza con él. La llevó al Zoo. Y averiguó lo más terrible. Lo insondable. Lo más temerario y soberbio.
La algarabía, el zumbo, el tintineo, y el estallido, el rumor, el arrullo y el estrépito, se fundían en la hermosa luz de aquella mañana en un clamor infantil de sonidos, de voces, de bramidos y gruñidos, rebuznos y alaridos. Aquella selva en miniatura acogía gozosa a la nodriza y su hijo de leche. Paseaban, se detenían y escuchaban. EL hombre vigilaba a su madre de leche tratando de encontrar algún gesto que la denunciara. Pero todo fue más sencillo. Se sentaron y, de pronto la anciana dijo:
—Algún día podrás traer aquí a tu hijo, el disfrutará más que yo…
Un estentóreo rugido retumbó en el Zoológico derrotando a las otras voces. Pero ni mi l rugidos más fieros que aquel podrían modificar el sólido pavor que se había instalado en el rostro de aquel hombre, posesionándolo.
Quedó agazapado en el cuerpo de la vieja y una lágrima tímida, hirviente y dolorosa resbaló por la palidez de su rostro. Después no se supo si quedó dormido o triturado por aquella revelación. De vez en cuando se oía a la anciana que decía: «Debes aceptarlo, nadie debe rechazar a su propio hijo… Es tan débil, necesita tanto cariño…»
—Los hijos traen tanta felicidad. Sería un crimen abandonarlo. Debes verle, aunque sólo sea mirarle. Verás como olvidas todo lo demás. ¡Tiene unos ojos tan preciosos! ¡Necesita de tantos cuidados!
Se sabe que el atardecer les pilló allí recluidos, sumidos en aquella fetal y maternal postura. Que él, en un balbuceo, suplicó:
— ¿Pero cómo, cuándo sucedió?
La anciana le besó en la frente y luego miró hacia el ámbito de los osos que jugueteaban prendidos en sus cuerpos, arañándose y rugiendo, amorosos.
Loas graznidos de las aves y pájaros, el murmullo de sus aleteos y el insólito estampido del pavo real, se mezclaban en el rojo atardecer. Nuevas lágrimas rodaron por el rostro del hombre

en un loco desahogo, rechazando el fatal desatino de aquella paternidad.

Las sombras iban arañando el campo y Venus, en su diminuta grandeza iluminaba vagamente a la pareja perdida entre aquellos fosos, jaulas y guaridas de la desolación. Nuevamente el pavo real extendió el azulado arco iris pero enmudeció ante el chirriar de los grillos y el loco zumbido de un piquete de golondrinas. Al final de aquel llanto una inmensa piedad invadió al hijo de leche hacia su nodriza. Esta susurró: «Lo que me quede de vida se lo daré a tu niño. No viviré más que para él».

El besó aquella mano rugosa y arañada y dijo, cortante:

—No puedes seguir en mi casa. No quiero que te hagan daño. ¿No lo comprendes? Es mejor así…

— ¿Y no puedo ir a verle?

— ¡No! ¡Tú no te mereces lo que está pasando! ¿No te das cuenta que debo sufrirlo yo solo?

— ¿Y tu hijo, qué va a ser de él?

— ¡No te preocupes! ¡Ya tiene una madre!

— ¿Y qué voy a hacer ahora sin él? ¡Le quiero ya tanto…!

—Creo que yo también he empezado a quererlo. ¡Pero estás ciega por ese niño…! ¡O lo que sea!

—Sólo te pido estar con él y tú me lo quieres quitar.

— ¡Ahora yo cuidaré de él!

Y de repente se levantó como un autómata y echó a andar, olvidando a la anciana y amparado por una extraña, poderosa y dulce determinación.

No volvió la vista atrás. No escuchó los sollozos de la anciana ni su profundo dolor. Siguió andando como un sonámbulo.

Desde el recinto de los leones se oyó el clamor de la anciana, llamándole:

— ¿Y no puedo volver a verle?

El silencio la dejó fulminada.

Las fieras, allá abajo, acogieron gratamente a la suicida.

Llegó sudoroso y anhelante a la casa.

En la sala de estar, la joven criada zurcía el girón de una sábana. A la luz de la lámpara parecía la vívida y sonrosada estampa de una joven y tierna desposada. Se acercó hasta ella.

Casi con ansia preguntó por su hijo. Ella hizo un gesto, tranquilizándole. El se arrodilló frente a ella y sollozó sobre su regazo, abrazando su cuerpo. Después, sediento, fue palpando toda su carne, agradecido. Un suspiro de la criada electrizó su cuerpo y empezó a besar sus muslos con avidez de fiera.

Pero la joven madre, con infinita mansedumbre, cortó aquellas caricias. El, retozón, besó sus manos con golosina.
Al poco se levantó y entró en su dormitorio. Después salió con el vibrante y reluciente balón de colores.
De la sala de estar venía la voz tranquilizadora y susurrante de una nana:

Duerme, niño chiquito,
Que viene el coco
Y se lleva a los niños
Que duermen poco.

Como una advocación solemne, se plantó ante aquella puerta. Una gran bondad, una inmensa alegría y una risueña confianza le dieron empuje para abrir aquella puerta.
Unos extraños reflejos dorados le recibieron en el dormitorio, cegándole de felicidad.
Al principio todo quedaba difuminado por aquella luz y el quebradizo susurro de la canción de cuna, que se expandía creando dulces cantos y ecos de voces blancas. Intentó dar la luz pero no encontró el interruptor. Miró hacia aquellas penumbras lleno de una vigorosa dulzura y paternidad. Pero tanta felicidad le impidió vislumbrar aquellas paredes arruinadas a zarpazos, los muebles raídos a dentelladas, la cama revuelta y las ropas deshechas a jirones.
Y de repente, en un rincón, dos ojos fosforescentes le cegaron. Se movió torpemente hacia allí, hacia aquella luz, pues allí debía estar su hijo o tal vez su pasado.
Los colores de la vibrante pelota se tiñeron de aquella fosforescencia y rebrillaban como chispas.
Aquel imán transfiguró el rostro de nuestro protagonista, llenándole de ilusión. Alargó la mano hasta aquella magnificencia y en aquel momento tan sublime, dijo:
—Escúchame, hijo mío.
Casi al instante unos rugidos y un bulto se el echaron encima. La venganza fue corta. Fueron unos rugidos precisos y crueles que alimentaron la cruenta y fatal satisfacción de la fiera.
Nunca, en ningún momento de aquel atroz instante, hubo una queja, ningún lamento humano.
La nana siguió un poco más.
El plazo improrrogable, después, pudo cumplirse.